



"NUEVA YORK"

De Arturo FONTAINE Talavera

Por

Rodrigo SERRANO Bombal



LA SENSIBILIDAD de un espíritu joven y talentoso fue tocada a fondo para dar vida a este hermoso poema que, bajo el título de "Nueva York", nos adentra en uno de los dramas más intensos de nuestra época.

No es frecuente que la percepción de fenómenos demasiado "funcionales" sugiera al poeta una inspiración importante y, sin embargo, al abrir las páginas de este "Nueva York", nos hemos encontrado con toda la fuerza de una creación poética que —al mismo tiempo que joven— ha madurado en profundidad la diversidad de planteamientos e interrogantes que, latentes en cada verso, aguardan su manifestación en las reflexiones del lector.

La vida humana es un centro de convergencia de toda una suerte de requerimientos insospechados, de solicitudes invisibles, de vaivenes inesperados, por los que el espíritu pasea su realidad corpórea, apoyándose en los elementos materiales que el ingenio de los hombres le entrega para servirse de ellos y poder así encaminarse hacia la perfección. Sin embargo, cuando esta relación de subordinación de lo material a lo espiritual se altera y en una especie de embriaguez voluntaria el hombre la refuerza con sus acciones y sus dichos, creando, además, el ambiente favorable para su proliferación ilimitada, nace la dependencia fatal que conduce al drama del que nos habla "Nueva York".

El crecimiento aplastante de lo material, producto del extraordinario desarro-

llo científico-técnico de nuestra era, ha dado lugar al nacimiento de perspectivas insondables que, en todo caso, están empobreciendo espiritualmente al ser humano de un modo alarmante, en la misma medida en que avanza la sustitución de lo natural por lo artificial, de lo auténtico por lo falsificado, de la simplicidad por la sofisticación inútil.

Coexisten en "Nueva York" el deseo de recuperar la individualidad propia y el vago sentimiento de saberse, de alguna manera, parte de aquello que finalmente se impugna. Es que la monstruosidad de la máquina es tan grande, que ha sabido crear en torno suyo todo un atractivo campo de fuerzas que, merced a su embrujo singular, someten al hombre a la reminiscencia del buen pasar material, alejándolo de sus inquietudes trascendentes.

En un lenguaje muy directo, a la vez que rico en imágenes fuertes, "Nueva York" nos conduce a través de la vana fascinación que proporciona el placer vacío de significados y carente de orientación final.

Con magistral crudeza, vemos trazado el perfil angustioso de la soledad, en medio de esas calles hormigueantes, en brutal contrasentido. Porque para que una ciudad —proyección del hogar— sea tal, debe despertar aquellas ternuras particulares de las que está construida una vida y conducirnos, de alguna manera, por esos lugares comunes que se anhelan en los momentos en que el propio ser se ve amenazado por los acontecimientos impredecibles del tiempo; aquellos momentos de zozobra en los que el hombre vuelve un poco a ser niño y la ansiedad imprime al pecho nuevos ritmos de agitada orfandad.

Como el naufrago perdido en la inmensidad del mar, precisa el hombre de un madero al que aferrar sus últimas esperanzas de permanecer "persona", en medio de la vorágine materialista y artificial que lo avasalla y amenaza en su subsistencia misma.

El grito del espíritu adopta las más variadas alternativas de sobrevida, acarreado castillos medievales, cien objetos de arte, antiguas tumbas —como la de Don Alvaro de Cabrera—, viejas iglesias repletas de tradiciones. Es la forma

de significar, a préstamo, una trascendencia de la que se carece en propiedad. Hay que cogerse con fuerza al buen cimiento, de otro modo es corre el riesgo de desaparecer.

Y a pesar del enorme esfuerzo desplegado, siente el poeta que todo será inútil: con calor prefabricado se está empollando una herida real. Ni por todo el oro del mundo habrá de nacer la flor en el abrupto roquerío.

Enfrentados, una vez más, a la apasionante lectura de "Nueva York", nos acecha nuevamente el temor de no haber aprehendido toda su riqueza, de no haber sido fieles en la interpretación de su dramático alerta, en fin, de no haber revelado integralmente su llamado a volver al origen del hombre, allá donde éste creó instrumentos para ayudarse en el camino de la vida, sin imaginarse siquiera que, con el correr del tiempo, esos mismos instrumentos habrían de someter su voluntad y su entendimiento, en arrollador avance de superficialidad y ambición.

Frente a esta eventual infidelidad, nos asiste la certeza que, de ser tal, ella no vendría sino a agregar otro gran mérito a los ya señalados para "Nueva York": la posibilidad de seguir extrayendo de su contenido, entonces casi inagotable, nuevos aportes interpretativos que enriquezieran su mensaje original.

Así, al terminar de repasar sus páginas, nos quedamos con el convencimiento más absoluto que el drama se inicia, precisamente, en el último punto aparte. Allí donde el hombre, inmerso en el hastío de una vida superficial y falsa, rodeado de mistificaciones y prejuicios, presionado por el fantasma aterrador de un ambiente hipertrofiado, decide, sin embargo, arrostrar tal desvarío "sin abdicar de nada porque pasa o falte".

En ese instante, entonces, vuelvan sus ojos hasta el poema seis para leer otra vez:

"Jamás, en ningún lugar,
es tan hermosa una rosa si florece
ni tan necesario
para la supervivencia de la ciudad
el contemplarla".

Gentileza de "El Cronista".